

sión del Señor? Con la más admirable mansedumbre, humildad y agradecimiento; en vez de quejarse, escuchan silenciosos la explicación que les hace Jesús acerca de las Escrituras; sus corazones se van encendiendo en amor al Señor; y cuando llegan á la posada, viendo que aparentaba querer pasar adelante, le ruegan, suplican é importunan á que se quede, y lo alcanzan. Afortunados discípulos, que, pensando hospedar á un peregrino, reciben en su compañía á su mismo Maestro, el cual se les descubre al partir el pan, desapareciendo al mismo instante de su vista. ¡Oh, si nosotros supiéramos imitar las virtudes que estos discípulos nos enseñan, y huir los defectos que el Señor les reprendel! ¿Nos dejamos arrastrar del miedo ó de otra pasión desordenada? ¿Gustamos de andar en la presencia de Dios, hablando con Él, escuchando su voz y siguiendo sus inspiraciones? ¿Cómo recibimos las correcciones? ¿Puede Jesús aprobar nuestro proceder? Meditémoslo muy atentamente, y resolvamos con eficacia corregir aquellos defectos y practicar aquellas virtudes que nos sean necesarias; pidamos para esto los divinos auxilios, y no olvidemos las demás necesidades que se nos han encomendado.

140.—APARICIÓN DE JESÚS Á LOS APÓSTOLES.

PRELUDIO 1.º El día de la resurrección al anochecer, estando reunidos los Apóstoles en el cenáculo, á puerta cerrada, entró Jesús, les dió la paz, y pidióles de comer, para que se certificasen de la verdad de su resurrección.

PRELUDIO 2.º Representate estar con los Apóstoles, viendo á Jesús que entra, y todo lo demás que pasa.

PRELUDIO 3.º Píde á Jesús que te dé su paz, como la dió á sus discípulos.

Punto 1.º *Aparición de Jesús en medio de sus discípulos sin abrir las puertas de donde estaban.*—En el mismo día de la resurrección, al anochecer, recogióse los discípulos en su casa y cerrando las puertas por miedo de los judíos, y estando ellos juntos, vino Jesús, y se puso en medio de ellos¹. Acerca de esto has de considerar los motivos que tuvo Jesús para diferir la aparición á sus discípulos hasta el anochecer de aquel día, los cuales fueron varios; á saber: porque entre ellos había algunos muy duros de creer, y era menester disponerlos poco á poco para que les entrase en provecho la visita. Además, quería probar la paciencia de los más fervorosos y queridos; y con esta dilación aumentar los deseos que tenían de verle, y disponerles mejor para el favor que iba á hacerles. Por fin: deseaba enseñarte que debes esperar con paciencia su visita; y nunca desconfiar de su socorro, porque suele Él acudir al consuelo de los suyos cuando ya están desconfiados y desahuciados de reci-

¹ Joan., xx, 19.

birle. Pondera luego cómo Jesús entró en el aposento donde se hallaban sus discípulos sin abrir las puertas, que estaban cerradas; queriendo que entendiesen que su cuerpo estaba glorificado y que gozaba de la dote de sutilidad, en cuya virtud podía penetrar por donde quisiera sin estorbo alguno, y asimismo, que por su omnipotencia puede entrar en el alma á consolarla cuándo y cómo quiera; y que gusta mucho de que sus siervos cierren las puertas de sus sentidos, y entonces entra Él, como autor de la vida, para llenarlos de alegría. Púsose Jesús en medio de sus discípulos como si les quisiera confirmar con la obra las promesas que les había hecho, diciendo: «Dondequiera que estuviesen dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos». ¡Oh Rey mío! Mi alma es casa fabricada por vuestra omnipotencia para morada vuestra; entrad en ella como Señor, y disponed lo que quisiereis, porque deseo no resistir á cuanto ordenareis. Y tú, alma mía, no desconfies de recibir la visita de tu dueño y Señor; espéralo con toda confianza, que vendrá y no tardará; pero ¿procuras cerrar las puertas de tus sentidos? ¿Tratas de unir entre sí tus potencias para la oración?

Punto 2.º *Jesús tranquiliza á sus discípulos, dándoles la paz y mostrándoles sus llagas.*—Considera cómo Jesús, viendo turbados y medrosos á sus amados discípulos, tranquilizólos por medio de palabras y de obras. Las palabras que dijo fueron tres muy señaladas, las cuales son signos de buen espíritu, y muy eficaces para quitar toda turbación. Primero les dijo: «Paz sea con vosotros»; como quien dice: Acordaos que os dije: Mi paz os dejo, mi paz os doy; esta paz he ganado con mi Pasión y muerte; y así ahora os la comunico y saludo con ella. Luego añadió: «Yo soy»; que fué decir: Yo soy el mismo que solía en la naturaleza, en la persona y en la condición: Yo soy vuestro Maestro, Salvador, Protector, Amigo, Hermano y vuestro Dios. Y dijo esta palabra de un modo tan suave, que con ella les sosegó y se les dió á conocer. Y así continuó diciendo: «No queráis temer», como quien dice: Ya que el temor os acomete, no queráis admitirle ni darle entrada; no temáis la furia de los judíos, ni la ira de los gentiles, ni la rabia de los reyes y príncipes que se levantaron contra Mí; porque estando Yo en medio de vosotros, estáis seguros. ¡Oh si Jesús hablase á nuestro corazón estas dulces y eficaces palabras! ¡Cómo se disiparían sus dudas! ¡Cómo se calmarían las mayores tempestades! Pondera cómo, no contento el Señor con certificarles de su resurrección con palabras, quiso valerse de las obras; y así, dióles licencia para que se acercasen á Él, y le tocasen y palpasen su sagrado cuerpo, especialmente sus manos, pies y costado, donde tenía las señales de las llagas de clavos y lanza, para sanar con ellas las llagas

¹ Matth., xviii, 20. — ² Joan., xiv, 27.

de la infidelidad y pusilanimidad que tenían en su corazón, porque para este fin, entre otros, las había dejado. Y así fué que, tocando los Apóstoles dichas llagas con gran reverencia y amor, quedaron ilustrados y confirmados en la fe, llenos de amor y gozo por la gloria de su Maestro. ¡Oh, quién se hallara presente con tan dulce compañía, y pudiera tener la dicha que tuvieron estos afortunados discípulos, viendo la hermosura de Jesús, oyendo su voz y tocando sus divinas llagas! ¡Oh dulce Jesús! Con el espíritu me acerco ante vuestra soberana presencia, y adoro vuestra Majestad, y postrado en lo profundo de mi corazón, me llevo á besar vuestras llagas preciosísimas, con grande confianza que por medio de ellas quedaré sano de las mías.

Punto 3.º *Jesús, para certificar á sus discípulos de su resurrección, comió delante de ellos.*— Considera cómo no acabando de creer algunos de los discípulos que era el mismo Cristo que había sido crucificado, y estando admirados con el gozo que tenían, para confirmarlos más en la fe, pidióles algo para comer; y habiéndole presentado parte de un pez asado y un panal de miel, comió delante de ellos, y dióles lo que sobró¹. Pondera aquí la excesiva benignidad de Jesús y la grandeza de su amor, porque, no contento con lo que había dicho y hecho para probar su resurrección, añadió esta otra señal de grande hermandad y afabilidad, pidiéndoles de comer y comiendo con ellos, con ser esta una cosa muy ajena de su estado glorioso. ¿Quién será tan duro de corazón que no quiera amar al que tanto se humilla y humana por nuestro bien? Reflexiona acerca del significado espiritual de esta comida de Cristo, la cual no carece de misterio. El pez asado representa su santísima humanidad, que fué asada en la cruz con fuego de tribulaciones; y el panal de miel significa su divinidad, que es fuente de toda dulzura; y ambas cosas están juntas en el Santísimo Sacramento del Altar, y con ellas sustenta ahora nuestras almas para abrasarlas en el fuego de su amor y llenarlas de espiritual alegría. Y estas mismas le has de ofrecer tú en sacrificio en la santa Misa, en agradecimiento de un bien tan señalado. Mira cómo después de esto, Jesús se entretuvo hablando largo rato con sus discípulos, declarándoles y abriéndoles el sentido de las Escrituras que hablaban de Él; y es de creer que su corazón también ardería dentro de ellos cuando se las declaraba, como ardía el de los discípulos que iban á Emaús. ¡Oh Maestro del cielo! Mirad que vuestros soberanos misterios están cerrados para mí, y mi sentido está cerrado para ellos, porque con mis pecados lo tengo obscurecido; acordaos que por los méritos de vuestra Pasión abristeis el libro cerrado y sellado con siete sellos², de modo que se pudiese leer; abrid para mí el libro

¹ Luc., xxiv, 43. — ² Apoc., v, 7.

de vuestros misterios, y también mi sentido para que pueda entenderlos, encendiéndome todo en el fuego de vuestro amor. ¿No nos admira la benignidad y ternura de Jesús? ¿No deseamos participar de sus gracias y recibir sus ilustraciones? ¿Qué hacemos para alcanzarlo?

Epílogo y coloquios. ¿Quién se atreverá á desconfiar de la misericordia, bondad y amor de Jesús? ¡Triste era la situación de sus discípulos el día de la resurrección! Al anoecer, amedrentados por los judíos, se habían encerrado en el cenáculo, no esperando ya ver á Jesús por aquel día; y de repente, sin abrir las puertas, aparece en medio de ellos. No se les había presentado antes, para ejercitar á unos, para disponer á otros y para despertar más vivos deseos en todos; pero, cuando más atribulados y tristes se hallaban, de repente penetra el muro como cuerpo glorificado, y se pone en medio de ellos, trayéndoles á la memoria lo que les había prometido; que estaría entre ellos cuando dos ó más se reunieran en su nombre. ¡Qué sentirían los Apóstoles, sorprendidos por tan extraordinaria visita! El temor se apodera de ellos; no creen á sus mismos ojos; piensan que es un sueño lo que ven. Jesús, con inefable dulzura, les dice: «Paz sea con vosotros. Yo soy; no queráis temer». Les permite, con admirable benignidad, que se acerquen á Él, y le toquen y besen sus llagas; y como si todo no fuese suficiente para probarles su amor y convencerles de la verdad de su resurrección, les pide comida, y come con ellos, y les da lo que sobra, y en suave conversación les explica las divinas Escrituras, abriéndoles el sentido para que las entiendan. ¿No nos arrebató tanta ternura y afabilidad en Jesús? ¿Por qué no amamos á un Señor tan amable? ¿Por qué no servimos con mayor cuidado á un Padre tan benigno? ¿Cuántos favores podríamos prometernos si le sirviéramos con todo amor! Veamos, pues, qué hemos de evitar y practicar en lo sucesivo. Roguémosle que nos ayude á cumplir nuestras resoluciones, y que nos auxilie en todas nuestras necesidades.

141. — APARICIÓN DE JESÚS EN EL MAR DE TIBERÍADES.

PRELUDIO 1.º Pescando siete discípulos en el mar de Tiberíades, y no habiendo cogido nada en toda la noche, aparecióse Jesús en la orilla, y les mandó echar la red de nuevo, é hicieron grande pesca.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús mandando á sus discípulos tender la red en la diestra del navio.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la laboriosidad de estos discípulos y la obediencia y fervor de Pedro.

Punto 1.º *Trabajo inútil de los discípulos, que, pescando toda la noche, nada cogen.*— Considera cómo siete discípulos de Jesús, entre los cuales se hallaban Pedro y Juan, fueron á pes-

car en el mar de Tiberiades, parte por su pobreza para tener algo que comer, parte por huir de la ociosidad, porque no era llegado todavía el tiempo de ocuparse en pescar almas; y entre estos discípulos había tal concordia y hermandad, que en diciendo Pedro ¹: «Voy á pescar», al instante todos se ofrecieron á acompañarle. Pondera cómo dispuso el Señor que estos discípulos, trabajando toda la noche, no cogiesen pez ninguno, para que conocieran cuán poca parte es la industria del hombre, tomada á solas, para pescar las almas y sacarlas de pecado; y así, sabiendo que algún día serían pescadores de hombres, procuraran bien fundarse en humildad y propio conocimiento, y de este modo hacerse instrumentos hábiles de su providencia. También era de noche, para significar el miserable estado del mundo antes que le alumbrase Cristo, sol de justicia, con cuya luz se hace la pesca de las almas; y que, mientras el hombre se halla en la noche de la ignorancia y en las tinieblas del pecado mortal, no medra, ni sus obras son de merecimiento para la vida eterna. Lo cual te ha de mover á tener grande horror al pecado, y huir de él con todas tus fuerzas, viendo la grande miseria del pecador, que se cansa de pescar toda la noche de su miserable estado y no saca provecho alguno de merecimiento para la gloria del cielo. Pondera también qué harían estos siete discípulos, viendo que no pescaban pez alguno, porque, llevando su trabajo con paciencia, se acordarían de su Maestro y de la falta que les hacía su presencia, y es de creer que hablarían entre sí mismos de lo que otra vez les había sucedido en aquel mismo mar con el Señor, y suspirarían por Él con grande fervor para alcanzar tu socorro. ¿Imitas tú la diligencia, constancia y fervor de estos discípulos? ¿Te quejas ó enfadas cuando tus negocios no marchan según tus deseos? ¡Oh Maestro soberano! Confieso que nada puedo por mí mismo; si Vos me abandonáis, ni perfeccionaré mi alma, ni convertiré á los pecadores, si me dejáis solo. Venid, Señor; acercaos á mí; si deseáis que yo pesque en el campo de vuestra Iglesia, necesito de vuestra luz, porque me hallo en la noche de la ignorancia y del pecado, y aunque trabaje toda ella, nada cogeré.

Punto 2.º *Aparécese Jesús, y manda á los discípulos que tiendan la red á la diestra del navío.*—Á la mañana se apareció Jesús en la ribera, y preguntó á sus discípulos si tenían algo, y respondiéndole que no, les mandó echar la red en la diestra del navío, y cogieron tanta pesca, que no podían traerla. Acerca de esto has de considerar la amorosa caridad con que acudió Cristo á remediar la necesidad de sus discípulos y darles regalado consuelo en su aflicción. Mas no se les descubrió al instante, para que les fuese más provechosa su visita. Tampoco quiso

¹ Joan., xxi, 3.

andar sobre las aguas, porque el estado en que se hallaba después de su resurrección era estable y ajeno de toda mutabilidad. Por fin, aunque no ignoraba que nada habían cogido, quiso preguntarles si tenían algo, para que ellos mismos conociesen su propia necesidad, y la poca parte que tenían en la pesca que pensaba darles. Pondera luego cómo les mandó echar la red á la diestra del navío, para significar el próspero suceso de aquella pesca, que era figura de la pesca de las almas que han de salir del mar de este mundo para la eterna bienaventuranza, en virtud de Cristo, que es diestra de Dios. Y, obedeciendo los discípulos á este mandato, pescaron gran muchedumbre de grandes peces, para que se vea la eficacia de la obediencia, mayormente en los trabajos que se hacen por la salvación de las almas. Y es de notar que otra vez, conociendo Pedro á Cristo, le obedeció, lanzando al mar las redes en su nombre; pero esta vez se sometió á Él sin conocerle, y en ambas sacó gran pesca, porque gusta el Señor que obedezcamos á toda humana criatura por su amor, y nos desnudemos de nuestro propio juicio y voluntad para hacer la de otro en cosas donde no se ve pecado. ¡Oh Jesús mío! Enseñadme la obediencia que inspirasteis á vuestros discípulos, y de la que nos disteis tan admirables ejemplos, porque cierto estoy que si obedezco cantaré victoria, triunfando del mundo, demonio y carne; os daré mucha gloria, y haré gran pesca en las almas. ¿Somos nosotros obedientes? ¿Estamos dispuestos para someternos á cuanto nos diga Jesús?

Punto 3.º *Penetración de Juan en conocer á Cristo y fervor de Pedro en correr á Él.*—Conociendo á Jesús el discípulo amado, dijo á Pedro: «Es el Señor»; y al punto Pedro ciñóse la túnica y arrojóse al mar, para llegar más presto adonde estaba. Acerca de lo cual has de considerar la diferencia que hay del fervoroso amor en los que siguen la vida contemplativa y en los que siguen la activa. En aquéllos el amor aguza el entendimiento para que conozcan á Dios, como Juan; en éstos el amor da bríos, actividad y ligereza para que vuelen á cumplir la voluntad de su Amado, pareciéndoles pesada toda dilación y carga. Con este fervor que aquí te enseña san Pedro has de procurar tú seguir á Cristo. Pondera cómo, llegando los otros discípulos con la pesca, entró Pedro en el navío y trajo la red, y hallaron que había ciento cincuenta y tres peces; y con ser tantos y tan grandes, no se rompió la red. Esta pesca misteriosa era figura de la pesca de las almas escogidas para la gloria, así como la otra pesca milagrosa que hizo san Pedro representaba la pesca de las almas que habían de entrar en la Iglesia de Jesucristo. Por esta causa la primera pesca se hizo á la diestra y á la siniestra del navío, recogiendo toda suerte de peces; la segunda sólo á la diestra, porque los escogidos estarán á la derecha de Dios. En aquella cogieronse peces grandes y pequeños; en ésta eran todos gran-

des, porque en el cielo ninguno es pequeño. En aquélla, la red se iba rompiendo, porque en esta vida padece quiebras y cismas la Iglesia y la predicación de Cristo; en ésta, la red se trae hasta la tierra, donde está Cristo, que es la tierra de los vivos, y no se rompe, porque no habrá entonces disensiones, ni cismas, ni cosa que les perturbe, pues ya los ángeles habrán apartado los malos de los buenos¹. En aquélla, finalmente, no se cuentan los peces, porque no todos los que entran en la Iglesia son contados entre los elegidos; en ésta se cuentan exactamente los peces, porque tiene Dios muy conocido el número de los que quiere colocar en la eterna felicidad. ¡Oh dichosos los peces que entran en esta red para ser colocados en la vida eterna! ¡Dichosas las aguas vivas en donde se criaron y sustentaron, alcanzando la perfecta salud y vida que Cristo les ganó! ¡Oh Redentor dulcísimo! Concededme que viva yo en las aguas vivas de vuestra gracia, de modo que sea sacado de ellas para la vida eterna. Ya que, por la divina misericordia, nosotros figuramos entre las almas congregadas en la mística red de la Iglesia, ¿nos hacemos dignos de tan soberana merced? ¿Imitamos el fervoroso y encendido amor de san Pedro?

Epílogo y coloquios. — ¡Qué ejemplo tan edificante nos dan los discípulos de Jesús en esta ocasión! Para huir de la ociosidad y para ganar el necesario sustento, van con grande concordia y hermandad á trabajar en su antiguo oficio de pescadores. Y con admirable paciencia y constancia perseveran toda la noche, aunque nada absolutamente logran pescar. Entonces conocerían su propia pequeñez y miseria, su ineptitud para la obra colosal de pescar á los hombres que el Señor les iba á encomendar; entonces se acordarian de su divino Maestro, suspirarían por Él y le invocarían con fervor. ¡Oh, si tú te penetrases bien de los sentimientos y deseos de estos discípulos! ¡Si supieras y quisieras imitarles en la práctica de las virtudes que te enseñan! Jesús, que, aunque glorioso, no olvidaba á los suyos que se hallaban en alguna tribulación, presentóse á la orilla del mar á la mañana siguiente, y oyéndoles decir que nada habían cogido, mandóles tender la red á la diestra del navío, y en un momento cogieron ciento cincuenta y tres peces grandes, de un peso tan colosal, que por milagro no se rompió la red. Juan conoció que era Jesús el que estaba en la ribera, y dijo á Pedro. Éste, sin detenerse un momento, salta al mar, y á nado corre á postrarse á los pies de su divino Maestro. ¿Quién no se edifica de las excelentes virtudes que en todo este suceso descubren los discípulos del Señor? ¿Quién no se enamora de la dulce afabilidad y tierna condescendencia de Jesús? ¡Dichosos los Apóstoles que tal pesca hicieron! ¡Dichosos los hombres representados en ella! ¿De-

¹ Matth., xiii, 49.

seamos nosotros ser contados entre ellos? Seamos dóciles á los ministros y enviados de Jesús, y para lograrlo propongamos, roguemos con fe y amor por nosotros y por el mundo.

142.—APARICIÓN Á LOS APÓSTOLES ESTANDO SANTO TOMÁS.

PRELUDIO 1.^o Ocho días después de la resurrección, estando Tomás con los demás discípulos, aparecióse Jesús, y mandó á aquél que pusiera las manos en sus llagas, y no fuese más incrédulo, sino fiel.

PRELUDIO 2.^o Representate este suceso como si lo estuvieras viendo.

PRELUDIO 3.^o Pide á Jesús que te libre de la infidelidad y te conceda constante y viva fe.

Punto 1.^o Incredulidad de Tomás, y defectos en que por ella cayó.—Considera cómo Tomás, uno de los Apóstoles, no estaba con ellos cuando les apareció Jesús; y habiéndole dicho los demás que habían visto al Señor, respondió: «Si no viere en sus manos la abertura de los clavos, y si no entrare mi dedo por sus agujeros, y mi mano por su costado, no creeré». Acerca de esto se han de ponderar los defectos que hubo en este Apóstol, no para su desprecio, sino para nuestro escarmiento. El primero fué apartarse de la compañía de sus condiscípulos, ó por enfado, ó por atender á alguna cosa de su gusto, por cuya causa se privó de un bien tan grande como ver á Cristo; en lo cual has de ver cuán perjudicial es al religioso el separarse sin causa de la comunidad, y á cualquier hombre el apartarse de la compañía de los buenos, privándose así de muchos bienes y ocasionándose muchos males. El segundo fué incredulidad con dureza de corazón y protervia de juicio, no queriendo creer lo que todos sus condiscípulos atestiguaban como testigos de vista, anteponiendo con secreta soberbia su juicio y parecer al de todos los demás. El tercero fué un modo de presunción y curiosidad, que llegó á señalar á Dios el medio para creer, diciendo que no se contentaría con ver á Cristo, sino que le había de tocar, y entrar sus dedos y mano por sus llagas, no contentándose con los favores ordinarios, sino pretendiendo gracias singulares. El cuarto fué un modo de pertinacia, durando ocho días en esta ruin disposición, sin quererse ablandar ni por el dicho de sus condiscípulos, ni de Pedro, y quizá le diría lo mismo la Virgen Santísima, haciéndose sordo á todo, y así permaneciera en su incredulidad para siempre, si el mismo Cristo no viniera á remediarle. Todo esto permitió Dios, parte para que la incredulidad de este discípulo sirviese para afirmar y consolidar nuestra fe, parte para que echásemos de ver nuestra flaqueza, si Dios nos dejase de su mano, y que nadie puede creer ni venir á Cristo

¹ Joan., xx, 25.

si no le es dado de arriba, y si no es traído por su Padre! ¡Oh Hijo de Dios vivo! Vos conocéis la masa de que estoy formado, y sabéis que me perdería si me dejaseis de vuestra mano; venid en mi socorro, compadeciéndoos de mi necesidad y flaqueza, y librándome de estos cuatro vicios que como cuatro vientos combatieron la casa de Tomás: para que no combatan ni echen por tierra la mía. ¿Hemos nosotros caído en alguno de los defectos de este Apóstol? ¿Hemos sido fáciles en separarnos de la comunión, ú obstinados y protervos en nuestro proceder?

Punto 2.º *Aparición de Jesús, y palabras que dice á Tomás.*—Pasados ocho días, estando otra vez los discípulos reunidos, y con ellos Tomás, aparecióse Jesús, y les dijo: «La paz sea con vosotros». Y vuelto á Tomás, añadió: «Entra tu dedo por aquí, y mira mis manos: llega tu mano, y éntrala por mi costado, y no quieras ser incrédulo, sino fiel». Considera acerca de esto la infinita caridad de Jesús en mirar por el bien de sus ovejas; porque, habiendo esperado ocho días para ver si Tomás se convertía, viendo su dureza, no quiso retardar más el remedio, sino venir en persona á sanarle, mostrándosele como á los demás, entrando con las puertas cerradas, y dándole la paz como la otra vez, para moverle con esto á que creyese. Pondera cómo, pudiendo Jesús aparecerse á Tomás, estando sólo, como se había aparecido á Pedro, no quiso, sino delante de los otros; ya para que él entendiese que esta gracia no se le hacía por sus merecimientos, sino por estar en compañía de sus queridos discípulos; ya también para que todos fuesen testigos de la caridad de su Maestro, que, por hacer bien á uno, regalaba á todos; y que así como habían presenciado la incredulidad de Tomás, viesen su arrepentimiento y las muestras que daba de su fe. Admira, por último, la infinita afabilidad de Jesús, cómo habla cariñosamente con Tomás y condesciende con su flaqueza. Y para que entendiese éste que conocía sus pensamientos, y que sabía bien lo que había dicho, y con esto convencerle, díjole: Pues has dicho que no creerás si no vieres y toques las llagas de mis manos y costado, acércate y cumple tu deseo, y no quieras ser más incrédulo, que no te lo tengo merecido; sé fiel, pues estas llagas te provocan á serlo. ¿No nos admira esta caridad, blandura y amor de Jesús? ¿No confiaremos en un Señor tan amante? ¡Oh Salvador mío! Ahora veo con cuánta razón dijo vuestro Apóstol: «Apareció la benignidad de Dios nuestro Salvador, el cual, no por nuestras obras, sino por su gran misericordia, nos hizo salvos». Vuestra humanidad y blandura, Señor mío, se ha manifestado hoy, apareciéndoos á Tomás, para hacerle salvo, no por sus obras, que no lo merecían, sino por vuestra gran misericordia, la cual no se encubre á los que la buscan, sino que

¹ Joan, vi, 44. — ² Tit., iii, 4.

aparece á los que no la creen y se descubre á los que no preguntan por ella.

Punto 3.º *Confesión y conversión de Tomás.*—Considera cómo Tomás, confuso al ver la benignidad de Jesús y su pasada incredulidad, respondió: «Señor mío y Dios mío». No nos consta del Evangelio si tocó las llagas de Cristo, ó si se contentó con haberle visto, y oído las palabras que le dijo, convidándole á que las tocara. Creíble es que por reverencia se detendría, arrojándose á sus pies; pero el Señor le tomaría de la mano y le haría que cumpliera su deseo, mostrando en esto la grandeza de su caridad. Lo cierto es que quedó Tomás tan ilustrado, que con grande afecto de su corazón confesó que Cristo era su Señor y su Dios, dando testimonio claro de su divinidad y humanidad, y entregándose totalmente á su servicio con ferviente amor, declarado por las palabras Señor mío y Dios mío, que significan amor tierno y singular. Pondera cómo Jesucristo no quiso alabar la fe de Tomás, llamándole bienaventurado, como á Pedro cuando confesó su divinidad, porque había sido tarde en creer, y para no dar ocasión á que otros pidiesen pruebas de sentidos, para creer en los misterios de Dios. Por el contrario, reprendióle tácitamente, diciendo: «Porque me viste, Tomás, creíste», que fué decir: Ha sido menester que me hayas visto y palpado, para que creyeras que soy tu Dios y Señor. Y luego añadió: «Bienaventurados los que no vieron y creyeron»; cuyas palabras han de ser nuestro mayor consuelo, porque, por una parte, nuestra fe es más meritoria, en cuanto creemos sin haber visto y palpado con los sentidos corporales á Jesús; y por otra, disfrutamos de todos los bienes que nos ganó por su muerte, de los Sacramentos que instituyó, de los ejemplos que nos dió en el discurso de su vida, de los sermones que predicó y de la ley perfecta que enseñó. ¡Oh Salvador mío! Gracias os doy por el cuidado que tuvisteis de consolar á los que no merecimos gozar de vuestra dulce presencia; y pues no tuve la dicha de veros con los ojos corporales, haced que os vea con los ojos espirituales; esclarecedlos con vuestra celestial lumbre, para que, avivada mi fe y encendida mi caridad, os crea y ame en este mundo, y sea después bienaventurado en el otro.

Epílogo y coloquios. ¡Cuánto debiera avivar y consolidar nuestra fe el acontecimiento que meditamos! Tomás, uno de los discípulos más distinguidos de Jesús, que no se hallaba con los demás al tiempo de la primera aparición, se obstina en no dar asentimiento á la resurrección de su divino Maestro. Háblanle los Apóstoles todos, y aun quizás la misma Virgen Santísima; ve en todos ellos retratada la alegría más singular; sabe las promesas que tan repetidas veces les había hecho Jesús, y, sin embargo, todo se estrella contra su obstinada incredulidad, llegando á imponer á Dios condiciones para creer. ¡Pobre Tomás! ¿Qué

hubiera sido de ti, si Jesús te hubiese abandonado? Pero no; este Padre amantísimo no quería dejar en la rebeldía á un hijo tan querido. Preséntase en medio de los Apóstoles, entre los cuales dispuso que estuviera éste, dales amoroso la paz, y, vuelto á él, le concede el permiso para que se acerque y cumpla el deseo de tocar sus llagas. ¡Cuán confuso y avergonzado estaría Tomás al ver la benignidad y ternura de su divino Maestro! ¡Con qué humildad se arrojaría á sus pies, confesándole por su Señor y por su Dios, y ofreciéndose á servirle, y á no negar jamás la fe que había recibido! Mas Tomás había faltado, y, aunque Jesús le perdonó con tanta blandura, no quiso alabarle por su confesión, antes al contrario, indirectamente le reprendió porque, sin verle, no había querido creer, asegurando que los que creen sin el testimonio de los sentidos son bienaventurados. ¿Hemos seguido á Tomás en su extravío y obstinación? ¿No le imitaremos en su confesión y arrepentimiento? ¿Reconocemos en Jesús á nuestro Señor y nuestro Dios? ¡Oh Jesús! Alumbradnos como á este vuestro discípulo, para que, conociendo lo que de nosotros deseáis, resolvamos con eficacia cumplirlo, haciendo de nuestra parte lo que podamos, y pidiendo con fervor y confianza aquello que nos es imposible. Remediad con amor todas las necesidades del mundo.

143.—ASCENSIÓN DE JESUCRISTO AL CIELO.

PRELUDIO 1.º Estando Jesús con sus discípulos en el monte de las Olivas, después de despedirse de ellos, dándoles su bendición, subióse al cielo; y los discípulos le siguieron con la vista, hasta que una nube se lo ocultó.

PRELUDIO 2.º Representémonos estar con los discípulos, recibiendo la última bendición de Jesús y viéndole subir á la gloria.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de ser verdaderos discípulos de Jesús, de modo que merezcamos subir con Él á la gloria.

Punto 1.º Despedida de Jesús.—Considera cómo estando todos los discípulos y la Virgen Santísima en el monte de las Olivas¹, mostróseles Jesús con un rostro más resplandeciente y amoroso que solía, y en lugar de los abrazos que se suelen dar al separarse los que mucho se aman, consintió que todos besasen sus sacratísimos pies y manos, saliendo de sus llagas un olor suavísimo que les confortaría el corazón. Llegaría primero la Virgen sacratísima, la cual, con título de Madre, besaría la llaga del costado, deseando entrar dentro del Hijo para subirse con Él al cielo, si le fuera concedido; aunque conformándose siempre con la divina voluntad. Llegaron luego san Pedro, san Juan y los demás Apóstoles y discípulos, tocándole todos con gran reveren-

¹ Marc., xvi, 19; Act., i, 9.

cia y devoción. Luego levantó el Señor sus divinas manos y los bendijo, según refiere san Lucas¹. Levantó las manos en alto, para significar que la bendición que pretendía echarles, no era en bienes de la tierra, sino en bienes del cielo, y que había sido ganada por su Pasión y muerte levantando las manos en la cruz; y alzó ambas manos, no una sola, porque ambas fueron clavadas en ella, y para significar la largueza de su bendición, ofreciéndoles á manos llenas los bienes de gracia y gloria. Pondera luego cómo teniendo Jesús levantadas las manos, bendijo á sus discípulos, declarando con palabras los bienes que deseaba y pedía para ellos. No sabemos las palabras que dijo; pero puede ser que repitiese parte de la oración que había hecho á su Padre en la noche de la cena, pidiéndole que guardase y amparase á sus discípulos que quedaban en el mundo, para que un día subiesen adonde Él subía, y permaneciesen siempre en su compañía para ver la claridad que tenía. ¿Deseamos que Jesús derrame su bendición sobre nosotros? ¿Qué clase de bienes le pedimos? ¡Oh dulcísimo Jesús! Dadme parte de esa bendición que derramáis sobre vuestros discípulos; pues de ella está colgado todo mi remedio. Por el dolor y amor excesivo con que levantasteis las manos en la cruz, levantadlas ahora y bendecidme, no con bendición de la tierra, sino con bendición del cielo, porque no me hartan los bienes terrenos, sino solamente los celestiales.

Punto 2.º Afectos de los Apóstoles al ver subir á Jesús.—

Considera cómo, habiendo Jesús dado la bendición á sus discípulos, comenzó á elevarse de la tierra, y á subir al cielo, no como Elías², arrebatado en un carro de fuego, sino con su propia virtud, llevado del fuego de su infinita divinidad y majestad, cuya inclinación es subir á lo alto, como á su propio lugar. Con Él iban todas las almas de los justos que había sacado del limbo, y muchos coros de ángeles que bajaron del cielo para acompañarle. También los discípulos le acompañaban con el corazón, teniendo enclavados los ojos del cuerpo y del alma en su Maestro, con tres afectos encendísimos. El primero de admiración, viendo una cosa tan nueva como era subir un hombre por los aires con tanta suavidad y facilidad, y con muestras de tanta grandeza. El segundo de alegría grandísima, gozándose de la gloria de su Maestro y de la divinidad que en Él resplandecía. No rasgaron sus vestiduras como Eliseo cuando vió subir á Elías; antes darían saltos de placer con el gusto de verle subir con tanta majestad. El tercer afecto era un entrañable deseo de seguirle, y subirse con Él, porque los corazones se iban tras su Amado, cumpliéndose lo que estaba escrito en un salmo³: «Subiendo á lo alto, llevó cautiva la cautividad». Porque llevaba Cristo consigo dos suertes de cautivos, unos real y verdaderamente en sus propias

¹ Luc., xxiv, 50. — ² IV Reg., ii, 11. — ³ Psalm., lxxvii, 19.